

REFLEXIONES

Tanto el tiempo meteorológico como las posibilidades de poder llegar a su próximo destino y encontrar cobijo en él se presentaban tormentosos para el Caminante. Al fin y gracias a los esfuerzos y buenos oficios de una de las chicas de la Oficina de Turismo de Antequera consiguió acomodo de favor en una casa rural en vías de terminar sus instalaciones, o en obras, o vete a saber los motivos por los que no se encontraba abierta.

La casa se situaba en la localidad de Fuente de Piedra y Fuente de Piedra se encontraba a mayor distancia de la que el Caminante, hoy por hoy, podía recorrer razonablemente en una jornada. ¿Que hacer entonces? No quedaba más remedio. Había que recurrir a los medios mecánicos. Convendría aclarar que para el Caminante, “recurrir a los medios mecánicos” era perderse, preciosas dosis de paisaje. Entonces la solución fue, de Antequera a Bobadilla en autobús. Allí hubo suerte y el Caminante pudo comer sencilla pero agradablemente en una barcito situado justo en la parada de autobús.

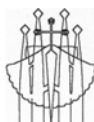
Ahora correspondía desplazarse a pie hasta el pueblo de Bobadilla estación. Ya sabéis aquello de “localidad x pueblo”, “localidad x estación” que tantos despistes ocasiona. Pues bien, de Bobadilla pueblo a Bobadilla estación, el viento solano soplaba más que fuerte desplazando, peligrosamente, al Caminante de lado a lado de la carretera. En Bobadilla estación el Caminante pudo pillar un taxi que, a

regañadientes, luego vio por que, cubrió un trozo de camino que le dejó a una distancia razonable de Fuente de Piedra. Los refunfuños del taxista tenían su explicación si consideramos el tremendamente mal estado de la carretera que debió recorrer.

Henos al fin al Caminante, moviéndose todo lo plácidamente que le permitía el fuerte viento solano, que ahora le empujaba por la espalda, junto a la laguna llena de pelícanos rosa que hozaban en el fondo del pequeño mar y rodeado de mieses casi en sazón y que el fuerte viento ondulaba como si de una fuerte marejada se tratara.

Al fin alcanzó la localidad y preguntó donde se situaba la Casa Rural. La persona preguntada resultó ser un “vejete” simpático y despierto quien, cuando consideró que ya había dado al Caminante suficientes detalles, le dijo: “de todas formas, cuando llegue hasta donde le he indicado, como usted parece *espabilao* vuelva a preguntar”. El Caminante ante tan lógica y sabia opinión siguió su camino y de pregunta en pregunta consiguió llegar a su meta.

Localizó la casa y después de insistentes llamadas y a la puerta salió el “hospedero” se llevó la primera sorpresa cuando éste le dijo que le esperaban el día anterior y que, además de las obras, que no le proporcionaban agua caliente, no estaba preparada la habitación ni su ropa de cama. Disculpose el Caminante arguyendo la imposibilidad de que si la “reserva” se había realizado la tarde del día anterior, por mucho viento solano que le empujara resultaba imposible haber llegado ese mismo día. El “hospedero” demostró tener un talante conciliador acorde con su enorme tamaño corporal.



Explicó al Caminante las carencias del alojamiento y, por teléfono, se puso en contacto con la que parecía ser su pareja actual quien le indicó donde se encontraban todos los elementos para preparar la habitación.

Del sol, oculto ahora detrás de las montañas, solo quedaban los cárdenos colores prestados a las nubes al atardecer. En el coqueto jardín de la casa de campo camino de ser una casa rural, el “hospedero” así como su huésped arrellanados ambos en sillones de mimbre, se sinceraba con el Caminante. La serenidad del crepúsculo propiciaba los comentarios del dueño de la casa, quien, repetidor en esto del matrimonio, no parecía precisamente estar pasando ahora tampoco por un buen momento sentimental.

En una mesita auxiliar, también de mimbre, reposaba una botella de buen vino así como sendas copas de cristal que el anfitrión rellenaba con generosidad.

Después de un largo silencio retomó su discurso y dirigiéndose de nuevo al Caminante dijo “al fin y al cabo, querido amigo, debemos tener en cuenta que, el matrimonio, como lo conocemos hoy en día, fue una invención de los romanos y ¿cual era la esperanza de vida en aquellos tiempos? Como mucho cuarenta años se contestó el mismo a su pregunta. Apuró un trago de su copa y continuó: “con lo cual resultaba infinitamente más fácil la permanencia en el vínculo habida cuenta del poco tiempo que sujeto a él se encontraban los individuos, en cambio ahora, yo ya tengo más de ochenta años, bien llevados y claro...” No terminó la frase. El Caminante pensó que poco le podía decir él en eso de intentos de permanencia en el vínculo y apostilló, eso

sin tener en cuenta las favorables, para él, prerrogativas de que disfrutaba el entonces Pater Familiae.

La negrura de la noche se hizo cómplice con los dos hombres, que ahora, y en silencio saboreaban los últimos sorbos de vino. Al cabo el “hospedero” dijo, “no le entretengo más, se le va a hacer tarde para cenar. Ya sabe, en cuanto salga a la calle, gira a la izquierda y la primera calle que sube le lleva hasta la plaza donde encontrará sitio para cenar”.

Así lo hizo el Caminante llegando a la espaciosa plaza que albergaba la fuente que daba nombre al pueblo. Algunos edificios principales y un apañadito restaurante donde una degustación de aceites de la zona, la sempiterna sopa de picadillo, un revuelto de bacalao, melocotones frescos, de aromas ya olvidados por el Caminante, para el postre, rematado con el correspondiente cafelito cortado, mas el refuerzo del chupito de orujo, excelente por aquellas tierras, calmaron el apetito del Caminante.

Volvía para la Casa Rural mientras el viento solano, más calmado, lamía ahora las paredes de las casas, y levantaba pequeños tornados de arena al tiempo que la luna recién salida competía con las farolas en la iluminación de casas y calle.

A la mañana siguiente el Caminante, como muestra de su agradecimiento y buena voluntad de pago por su estancia, dejó un euro y una de la flores secas de las que hacía acopio en sus caminares y que secaba en aquel libro de papel de estraza donde llevaba el diario, siempre inacabado, y en el que también plasmaba algunos apuntes siguiendo su camino acompañado, otro día más, por el viento solano.

El amigo del Caminante

